

GIBRAN KHALIL GIBRAN

Lágrimas y Sonrisas

Yo no cambio la tristeza de mi corazón por la alegría de los hombres.

Yo no quiero que se convierta en risa la lágrima que la tristeza derrama de mis emociones.

Yo deseo que mi vida sea: lágrima y sonrisa.

Que sea una lágrima que purifique mi corazón y que me haga comprender los misterios de la vida; que sea una sonrisa que me acerque a los hombres, y el emblema de mi glorificación a los dioses.

Que mi vida sea una lágrima con la cual pueda compartir la tristeza de los afligidos, y una sonrisa que manifieste el placer de mi vida.

Yo quiero morir de ansias antes que vivir cautivo del cansancio.

Quiero poseer en la profundidad de mi alma un hambre hacia el amor y la belleza; porque veo que los ricos son desgraciados, esclavos de la materia, mientras que los suspiros del corazón vehemente son más cadenciosos que una bella canción.

Llega la noche y los pétalos de las flores se pliegan abrazándose en su afán; y cuando alumbra el alba abren los labios para recibir el beso del sol.

La vida de las flores es un afán de encuentro: lágrima y sonrisa.

Se evaporan las aguas del mar y se elevan y luego se condensan y se tornan nubes. Y las nubes pasan por encima de valles y collados. Y al recibir el primer beso de la brisa las nubes lloran sobre los campos corriendo sus aguas hacia el mar su patria. La primitiva vida de las nubes es separación y retorno: Lágrima y sonrisa.

Así es el alma; se separa del espíritu universal y vaga por el mundo de la materia, y cual nube así pasa por encima de la montaña de la tristeza y por sobre los campos de la alegría. Y al primer beso de la brisa de la muerte, vuelve a su origen, al mar del Amor y de la Belleza: DIOS.

La Vida del Amor

Ven conmigo, amada mía, a vagar por las floridas colinas. La nieve se ha disuelto y la vida se reanima despertando de su sueño y dirigiendo sus pasos a los valles y las cuestas.

Camina a mi lado para seguir los pasos de la primavera en el campo lejano.

Ven a trepar los collados y a contemplar la inmensa llanura que los circunda.

He aquí la primavera que desplegó un velo que la noche del invierno había doblado. Los manzanos y los ciruelos reverdecieron y se staviaron cual novias en la noche del Alkadar. Las vides despertaron de su modorra y sus racimos se abrazan como amantes. El agua cristalina de los arroyos circula entre las rocas murmurando la canción de la alegría. Las flores surgen del corazón de la tierra cual espumillas del seno del mar.

Tomemos, amada mía, el resto de las lágrimas de la lluvia en los cálizos de las violetas; llenemos nuestras almas de los cantos de las avecillas, y aprovechemos el perfume del aura embalsamada. Sentémonos cerca de aquel peñasco donde se esconde la violeta para cambiarnos recíprocamente nuestros besos de amor.

El Verano.

Vámonos, amada mía, al campo. Ya llegó el tiempo de la cosecha y las espigas maduraron bajo el ardiente beso del sol. Ven antes de que nos disputen los pájaros y las hormigas nuestra cosecha: Ven conmigo a recoger el fruto de la tierra como el alma que recoge los granos de la dicha de la semilla de la lealtad; esa lealtad que el Amor ha sembrado en la profundidad de nuestros corazones; ven a llenar nuestras vasijas de los productos de las estaciones al igual que la vida que llena las pirámides de nuestros sentimientos.

Ven, amor mío, a recostarnos sobre las hierbas secas y a cubrirnos con el firmamento azul, y reclinemos nuestras cabezas sobre los manojos de pajas finas, y descansemos de las fatigas del día. En esta hora asistiremos al concierto del «gadiri» en el valle.

El Otoño.

Vámonos a la viña, gacela mía, a pisar el mosto, y a estrujar el vino de los racimos y guardarlo en los cuencos, al igual que el alma que encierra en sí la sabiduría de los siglos.

Vámonos a recoger las flores secas y a destilarlas, consolándo-

nos con su espíritu embalsamado y delicado.

Volvámonos a nuestra casa: las hojas de los árboles ya amarillean y el huracán las troncha como si quisiera amortajar con ellas las flores que se marchitaron a la despedida del verano.

Ven, ya emigraron los pájaros hacia la costa y con ellos se llevaron la amenidad del campo y de los huertos, dejando el jazmín y el «saibaab» en su triste soledad.

Volvámonos; ya no murmuran los manantiales, y de los ojos del cerro ya no manan sus lágrimas de alegría. Los collados se desnudaron de su suntuoso ropaje. Ven, sultana mía, ya se apoderó el sueño de nuestra madre la Naturaleza, que se va despidiendo de su vigilia con una triste y «nabauandiana» canción.

El Invierno.

Acércate, compañera de mi vida acércate a mí. No dejes que los suspiros de la nieve separe nuestros cuerpos.

Siéntate a mi lado ante esta estufa, pues el fuego es el fruto más sabroso del invierno. Cuéntame los cuentos de los siglos porque mis oídos ya se cansaron de los lamentos del viento y de los bramidos del huracán.

Cierra las puertas y las ventanas; el cielo oscuro, teñido de nubes negras me entristece el corazón; y la aldea sentada cual una mujer desconsolada bajo los copos de nieve consterna y acongoja mi alma.

Da a beber aceite a la lámpara, mi vieja compañera, pues ya agoniza. Colócala cerca de tí, para ver y contemplar lo que las noches escribieron sobre tus mejillas. Y ven acá el cántaro de vino para beber y recordar los días ricos de la vendimia.

Acércate. Acércate más y más, amor mío... Ya se apagó el fuego y la ceniza lo cobijó... Abrazame. Ya se extinguió la lumbre, luz de mis ojos, y se sumergió en la tiniebla. Ya nos ha dominado la embriaguez de los años. Mirame con tus ojos sombreados por el sueño. Abrazame antes de que la muerte nos abrace.

Bésame...; el frío lo invadió todo... todo, menos tus besos...

¡Oh!... amada mía, cuán profundo es el mar del sueño, y cuán

lejos está, cuán lejos, la aurora en este mundo!...

El Criminal

En un alto del camino se sentó un joven pordiosero. Era un joven fornido, que el hambre había debilitado. El joven pordiosero tendía su mano a los transeúntes rogándoles, implorándoles misericordia, repitiéndoles los versículos de su derrota, quejándose del hambre feroz que le agujonea.

Llegó la noche y la mano del joven pordiosero se hallaba vacía como su estómago. Se le secaron sus labios de tanto implorar la caridad de sus hermanos, y su lengua se pegó a sus labios de tanto pedir un pedazo de pan para su hambre.

Se levantó entonces y se dirigió a un lugar solitario fuera de la ciudad, y se sentó bajo unos árboles que allí había. Cubrió su cara con sus manos y luego prorrumpió en sollozos.

Después levantó sus ojos plenos de lágrimas y miró al cielo. El hambre le sugirió estas palabras:

—«Dios mío! cuando fui a casa del rico a pedirle trabajo me despidió de sus puertas y eso era debido a mis andrajos. En la escuela no me admitieron porque tenía las manos vacías. Quise emplearme hasta por el pan de mi día y fui rechazado a causa de mi mala suerte. Todas las puertas del trabajo se cerraron en mi cara y, cuando debilitado por el hambre, pedí limosna a tus adoradores, me dijeron: eres fuerte y la caridad no se la práctica con los hijos de la indolencia y de la holgazanería.

«Por tu voluntad mi madre me trajo a este mundo. ¡Dios mío! por tu ser soy lo que ahora soy. ¿Por qué entonces los hombres me niegan el pan que pido en tu nombre?»

Se produjo en aquel momento un cambio extraño en el rostro del joven desesperado. Y se puso de pie mientras sus ojos radiaban luces fosforescentes. Y se armó de un enorme garrote y señalando con su arma la ciudad exclamó:

—«Pedí la vida con el sudor de mi frente y no la hallé. Con la fuerza de mis brazos la obtendré. Pedí el pan en nombre del Amor y ningún ser humano me prestó oídos; yo lo buscaré en nombre del mal.»

Y pasaron los años y el joven pordiosero cortaba las cabezas para adquirir collares y derribaba los templos de las almas para lle-

De Ayer a Hoy

Por Jorge Awad H.

Una impresión netamente pesimista nos produce el panorama desolado e inactivo que presentamos en nuestra sociabilidad: ayer entusiasta y activa y hoy fría y pasiva.

Esta situación, sin duda tiene algunos atenuantes que no dejamos de reconocer, pero si no podemos considerarlos como justificativos suficientes para el paso hacia la decadencia, la inacción que llevamos irremediadamente, sin meditar en las consecuencias ni importarnos los resultados. No es posible que nuestra indiferencia nos permita ver impasibles la muerte de nuestra sociabilidad que siempre ha sido un digno ejemplo de entusiasmo y patriotismo.

Es un deber imperioso de nuestros compatriotas y muy en especial de los ex-dirigentes de la colectividad, detener que aun es tiempo, la ola destructora que, no otra cosa significa la pasividad de nuestra actuación en los últimos tiempos.

Sobre todo es indispensable que tengamos presente el auge esplendoroso que ha alcanzado nuestra colectividad a costa de sacrificios y esfuerzos dignos de ser señalados y que no merecen que se pierdan así no más. El prestigio que nuestra colectividad llegó a tener en los últimos años ante propios y extraños, la importancia que obtuvo ante la prensa del país que le brindó amplia publicidad, son frutos de aquella labor, son los resultados de deberes cumplidos a costa de todo sacrificio y solo con un punto de vista, el engrandecimiento del nombre de la raza.

Mayor desaliento causa a quienes no pueden mirar con indiferencia lo que atañe a nuestra colectividad de cuyo prestigio depende el de la patria lejana, porque somos sus exponentes aquí, al ver que no se nota una generación nueva dispuesta a reemplazar a los retirados, toda actividad que debe durar a través de los años

necesita de la savia vivificante que le proporciona la juventud, la historia de nuestra colectividad demuestra que su periodo de florecimiento corresponde precisamente a la actuación de un grupo de jóvenes. Hubo un grupo allá por los años 18 al 20 que tomó a su cargo la directiva de nuestras actividades sociales. Sus nombres están en la mente de todos, su actuación en la Liga Patriótica y otras instituciones de entonces y que aun viven algunas de ellas, es el más alto exponente de lo que el patriotismo y la abnegación es capaz de producir. Después, por el año 25, y como para relevar a los anteriores surgió un núcleo de jóvenes, casi niños, que con febril entusiasmo y con el ardor propio de la juventud entraron a batallar en la sociabilidad de la colonia, su paso por ella ha dejado una estela brillante y luminosa cuyos fulgores aun irradian dentro de nuestras instituciones y vivo se conserva en la memoria de nuestros compatriotas el eco de su algarazca chispeante que ponía una nota de alegría ruidosa en todas nuestras reuniones. Ellos imprimieron nuevos rumbos, ellos como soldados o dirigentes, sin importarles el rango, estaban en los puestos de avanzada y fueren durante seis años los porta estandartes de nuestras instituciones, su actuación fué

una verdadera revolución en nuestro medio ambiente. Pero ellos se retiraron también, como cumpliendo el adagio árabe que dice: «para cada tiempo hay hombres y países distintos».

No quisiéramos creer y seríamos muy felices si fuéramos desmentidos por los hechos, de que hay jóvenes hoy día, en nuestra colectividad capaces de levantar los espíritus adormecidos, de sacudir la inercia en que nos encontramos y tomar en sus manos los símbolos de nuestra colectividad y hacerla avanzar como la hicieron avanzar aquellas falanjes juveniles anteriores y marchar así, al unísono con el progreso y adelanto de los demás.

A ellos, a los jóvenes compatriotas que aun permanecen al margen de la colectividad y de sus instituciones es nuestro llamado. La época actual es precisamente idónea para la iniciación de las actividades sociales. Sabemos bien que nuestros jóvenes no carecen de patriotismo y entusiasmo, es necesario pues que lo apliquemos a esta labor y con ello ganarán la gratitud de nuestros mayores y su labor quedará gravada como la de los anteriores grupos, gravada en caracteres de oro en la historia de nuestra colectividad. Quizás esta labor que les pedimos, de civismo y esfuerzo sea la mejor de

las formas con que inicien su vida varonil y entonces, su carácter templado en la lucha patriótica y social les permitirá sobre llevar con mayor entereza los escollos que el camino de la vida les presentará a cada paso.

En estos momentos también queremos hacer llegar nuestra voz hacia aquellos que se han retirado a los cuarteles de invierno prematuramente, decimos así porque ni la edad ni sus energías aun intactas, les dan derecho a esta renuncia que han hecho de sus deberes sociales. Tienen el ineludible deber de seguir prestando su cooperación que prometieron no negar si el caso lo requiriera, no debemos olvidar que los puestos directivos que ocuparon y los aplausos con que eran coronadas sus labores por toda la colonia, son los imperiosos motivos que les exigen reiniciar sus actividades sociales y contribuir así con su presencia y ejemplo a levantar los ánimos decaídos y alentar a la nueva falange juvenil que tomará sobre sí la pesada tarea de conducir el carro glorioso de las actividades sociales de la colonia por la senda de renovados triunfos que hasta ahora ha tenido.

Santiago, Abril 1932.

Continuación de

Fragmentos de Khalil Gibran

nar sus ambiciones. Se hizo rico, opulento y temible. Y se hizo querido de los bandoleros y ladrones de su tribu. Y cuando llegó su reputación a oídos del Emir le nombró su representante en aquella ciudad.

Con su avaricia así hace el rico, del pobre miserable, un asesino; y así con su crueldad hace del hombre inconsciente, de un hijo de la paz, un criminal.



DAMA TURCA

con el rostro cubierto, costumbre que casi ha desaparecido en Turquía



DAMA MODERNA DE TURQUIA